

UNA MIRADA ETNOGRÁFICA A LA CIUDADELA SANTA ROSA: REFLEXIONES SOBRE UN CASO DE RE-INTEGRACIÓN SOCIAL DE EXCOMBATIENTES EN BOGOTÁ

IVÁN CAMILO RODRÍGUEZ

Universidad Nacional Autónoma de México



ivan.camilotorres@gmail.com

Artículo de investigación recibido 3 de febrero de 2017. Aprobado: 30 de noviembre de 2017

RESUMEN

Este artículo se acerca desde una perspectiva etnográfica a la experiencia de reintegración social de excombatientes en la Ciudadela Santa Rosa de Bogotá. Pocos años después de su inauguración, a finales de los años noventa, en varias de las viviendas de esta urbanización fueron abandonadas o rematadas pero a partir de 2005, familias de excombatientes de diferentes grupos compraron estos inmuebles a muy bajo costo y se mudaron allí cuando terminaron su proceso de reinserción institucional. En este artículo parto de la historia del barrio contada por dos de sus habitantes, luego presento la metodología del trabajo de campo y finalizo con algunas reflexiones sobre la investigación acerca del proceso de construcción de relaciones entre los habitantes de la ciudadela. Estas reflexiones dialogan críticamente con las políticas y programas del gobierno nacional y distrital, que regularon la reintegración social de excombatientes, entre 2010 y 2012, en un momento previo a la negociación con las FARC.

Palabras clave: ciudadanía, desmovilización, excombatientes, paz, reintegración, barrio Santa Rosa, Bogotá, políticas nacionales y locales de reinserción.

AN ETHNOGRAPHIC APPROACH TO CIUDADELA SANTA ROSA: REFLECTIONS ON A CASE OF SOCIAL REINTEGRATION OF FORMER COMBATANTS IN BOGOTÁ

ABSTRACT

The article provides an ethnographic approach to the social-reintegration experience of former combatants in Ciudadela Santa Rosa, Bogotá. A few years after Ciudadela Santa Rosa was completed in 1998, many of the houses were either abandoned or auctioned off. Starting in 2005, families of former combatants from different armed groups bought these properties at very low cost and moved there after finishing their institutional reinsertion process. In the first part of the article, I broach the history of the neighborhood as told by two of its inhabitants. I then go on to describe my fieldwork methodology and conclude with a series of reflections triggered by how the residents build their social relationships. I frame these reflections from a critical perspective derived of the analysis of national and Bogotá's governments' policies and programs geared to the social reintegration of former combatants between 2010 and 2012, prior to the negotiations with FARC guerilla group.

Keywords: citizenship, demobilization, former combatants, peace, reintegration, Santa Rosa neighborhood, Bogotá, national and local reinsertion policies.

UM OLHAR ETNOGRÁFICO NA CIDADELA SANTA ROSA: REFLEXÕES SOBRE UM CASO DE REINTEGRAÇÃO SOCIAL DE EX-COMBATENTES EM BOGOTÁ

RESUMO

Neste artigo, apresento uma aproximação etnográfica da experiência de reintegração social de ex-combatentes em Bogotá, na Cidadela Santa Rosa. Poucos anos depois de sua inauguração, várias das moradias dessa urbanização foram abandonadas ou leiloadas; a partir de 2005, famílias de ex-combatentes de diferentes grupos compraram esses imóveis a muito baixo custo e mudaram-se para lá quando terminaram seu processo de reinserção institucional. Neste texto, parto da história do bairro contada por dois de seus moradores; logo, apresento a metodologia do trabalho de campo e finalizo com algumas reflexões suscitadas a partir da pesquisa sobre o processo de construção de relações entre os habitantes da Cidadela. Essas reflexões ocorrem no contexto das políticas e dos programas do governo nacional e distrital, que regularam a reintegração social de ex-combatentes, realizada entre 2010 e 2012, num contexto prévio à negociação com as Forças Armadas Revolucionárias da Colômbia.

Palavras-chave: bairro Santa Rosa, Bogotá, cidadania, desmobilização, ex-combatentes, paz, reintegração.

INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES

El objetivo de este trabajo es distinguir las nociones de paz, cese al fuego y desmovilización de grupos armados ilegales, conceptos que usan sin menor cuidado y en ocasiones, preocupantemente, como sinónimos, tanto el gobierno nacional como los medios masivos de comunicación colombianos. Quiero llamar la atención en este escrito sobre la problemática distancia entre la orientación de los programas gubernamentales de reintegración social y las condiciones reales en las cuales se están llevando a cabo estos procesos en distintos lugares del país a los cuales han llegado personas desmovilizadas a residir.

Propongo como puntos de partida para esta discusión los aprendizajes que han dejado la multiplicidad de experiencias y procesos locales de reintegración y construcción de comunidad, así como la forma en la que se materializa localmente un acontecimiento de orden nacional como la desmovilización de una organización armada ilegal, con sus diferentes versiones y miradas y la manera como estos procesos transforman los espacios en los cuales se desarrollan. En esta investigación recorrí dos caminos: las particularidades del proceso de reintegración de los excombatientes que arribaron a un barrio del suroriente bogotano y la influencia de este acontecimiento en la conformación del espacio social, jerárquico y móvil, de la ciudadela Santa Rosa.

Luego de casi dos décadas en las que hemos presenciado el énfasis del gobierno nacional en la puesta en marcha y el fortalecimiento de una plataforma política y económica que sustente los procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) de individuos y grupos de organizaciones armadas ilegales, sumados a los más de cincuenta años en los que se han sucedido uno tras otro acuerdos de negociación y amnistías del Estado con grupos armados de distinta índole, habría que preguntarnos si todos estos esfuerzos han contribuido a la solución del conflicto armado en nuestro país.

El reciente escenario de negociación y acuerdo de cese definitivo al fuego entre el gobierno y las Farc-EP generó un panorama que en principio parecía alentador para la transformación de las percepciones de la opinión pública colombiana sobre los actores del conflicto, pero en 2016 los resultados negativos del plebiscito aprobatorio de los acuerdos mostraron que aún hay mucho camino por recorrer en la aceptación y comprensión de las diversas realidades, motivaciones e historias de

vida de las personas que han hecho parte en algún momento de su vida de un grupo armado ilegal.

Justamente, en años recientes ha aumentado la producción académica e investigativa sobre los temas de DDR en Colombia, ya sean disertaciones sobre los conceptos y el marco normativo de estos procesos, o acercamientos investigativos que combinan herramientas de la ciencia política, la sociología y la antropología para dar cuenta de manifestaciones locales del fenómeno de la desmovilización y la reintegración de excombatientes en diferentes partes del país. Podemos encontrar importantes publicaciones que sirven de marco a las reflexiones que este artículo presenta.

Por un lado, la Dirección de Acuerdos de la Verdad del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) ha realizado un monumental trabajo de recopilación y síntesis sobre el proceso de Desmovilización, Desarme y Reintegración (DDR) de las AUC a partir de la Ley 975 de Justicia y Paz (CNMH, 2013).

De igual manera, el Observatorio de Paz y Conflicto (anteriormente Observatorio de procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración) de la Universidad Nacional de Colombia ha generado importantes documentos de síntesis temáticas y normativas a partir del monitoreo de los procesos de DDR en Colombia desde hace casi una década (OPC, 2015, 2012, 2009).

En el campo académico también resultan muy valiosos los trabajos de Enzo Nussio desde el Programa de Investigación sobre Conflicto Armado y Construcción de Paz (ConPaz) del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, entre los que podemos resaltar: *La vida después de la desmovilización. Percepciones, emociones y estrategias de exparamilitares en Colombia* (2012), *Community Counts: The Social Reintegration of Ex-Combatants in Colombia. Conflict Management and Peace Science* (2015), en colaboración con Oliver Kaplan, y finalmente la valiosa síntesis del contexto actual y el marco teórico de los procesos de DDR incluido en la nota editorial del número 77 de la revista *Colombia Internacional*, “Desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes. Actores y políticas del posconflicto” (2013).

En esta nota Nussio propone dividir la producción académica reciente sobre DDR (a nivel nacional e internacional) en tres olas: la primera dedicada al análisis de la implementación de políticas públicas en este

campo; la segunda como una crítica a la visión institucionalista a partir de un abordaje investigativo enfocado en la influencia de los diferentes contextos sociopolíticos sobre la efectividad de estos procesos; y la tercera compuesta por trabajos centrados en los individuos (excombatientes) y sus trayectorias personales como reflejo del desarme, la reintegración y la efectividad de estos procesos (Nussio 2013).

También es relevante mencionar el trabajo de Juan Felipe Hoyos (2011) realizado como tesis de la Maestría en Antropología de la Universidad Nacional de Colombia y las investigaciones de Juan Diego Prieto (2012a y 2012b). Los dos autores presentan acercamientos de corte etnográfico a partir de la realización de trabajos de campo de gran envergadura y experiencias personales de los autores como investigadores o funcionarios en programas de atención a población desmovilizada. En especial los trabajos de Prieto resultan pertinentes ya que, al igual que este artículo, abordan contextos de reintegración social en barrios del sur de Bogotá, en las localidades de Kennedy y Bosa, con resultados y hallazgos similares.

Finalmente, se encuentra la investigación de Darío Villamizar (2010), realizada en el marco de la Especialización en Acción sin Daño y Construcción de Paz de la Universidad Nacional de Colombia. Desde su experiencia como funcionario encargado de los programas de atención a población desmovilizada de la Alcaldía de Bogotá, el autor realiza un muy interesante acercamiento y caracterización del mismo caso que el presente artículo trata, pero desde un enfoque institucional.

Las publicaciones señaladas, al igual que otras más que han seguido editándose en años recientes (ya sea desde centros de estudio e investigación dedicados al tema o desde la Agencia Colombiana para la Reintegración Social de la Presidencia de la República) hacen parte del gran corpus investigativo que la reflexión sobre los procesos de DDR está generando y sirven como contexto al presente artículo, el cual se adscribe a la *tercera ola* de investigaciones sobre este tema en Colombia, según las categorías que propone Nussio (2013), caracterizada por un punto de vista local e individual desde la óptica de los excombatientes. Desde este enfoque pretendo contribuir al análisis de procesos de DDR a partir de la experiencia etnográfica en la Ciudadela Santa Rosa.

Como caso representativo, el panorama social de esta Ciudadela ofrece un paisaje matizado por múltiples variables, como el complejo funcionamiento del mercado del suelo en Bogotá, formal e informal;

la proliferación del microtráfico de drogas y la delincuencia común en las zonas periféricas de la ciudad; y por supuesto la llegada a este barrio de población desmovilizada y en situación de desplazamiento forzado. Pero, además, este paisaje muestra una urbanización marcada por la capacidad de agenciamiento de sus habitantes para construir mecanismos de participación comunitaria que trabajen en pro de las necesidades de la misma comunidad. Todo esto con resultados concretos y diferentes para quienes la conforman.

Para empezar el análisis quiero ubicar el escenario de la investigación, de manera que sea más fácil entender sus particularidades, la influencia de variables globales en su conformación socio espacial y las razones por las cuales merece una exploración etnográfica basada en una visión crítica sobre el funcionamiento de las políticas públicas del Estado en materia de desmovilización y reintegración social.

Posiblemente casualidad, pero justo en el momento en el que finalmente tuve contacto directo con la comunidad del barrio, agosto de 2010, las contradicciones y dinámicas de convivencia de la Ciudadela se empezaron de nuevo a agitar, como al parecer hace tiempo no se veía. Se podría decir que mi llegada coincidió con una nueva etapa de transformación violenta de la urbanización, por lo cual inevitablemente mi lugar allí (como investigador y como sujeto) y los resultados de este trabajo quedaron marcados por esta coyuntura.

RECORRIENDO EL ESPACIO TEMPORALMENTE

Según la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR 2015) de las casi 5.800 personas desmovilizadas que residen en Bogotá y que se encuentran registradas en las bases de datos oficiales del gobierno nacional, las localidades de Ciudad Bolívar y Usme alojan el mayor número de ellas, seguidas por Rafael Uribe Uribe, Kennedy y San Cristóbal, las cuales concentran más de la mitad de la población desmovilizada de la ciudad. Esto es muy significativo teniendo en cuenta que en Bogotá hay otras quince localidades; también es muy diciente el hecho de que las cinco en las que se concentra más de la mitad de la población desmovilizada de la ciudad, si bien son las más grandes y pobladas, están ubicadas en la zona sur.

La Ciudadela Santa Rosa se encuentra justamente en el suroriente de Bogotá, en la localidad de San Cristóbal, es una urbanización

relativamente nueva que no tiene más de veinte años. Fue construida entre agosto de 1995 y diciembre de 1998 por la Constructora Santa Rosa S. A. (Villamizar 2010). Su historia ha estado marcada por problemas relacionados con la falta de estabilidad geológica de los terrenos sobre los cuales fue construida, debido a su cercanía a la quebrada Chiguazá. Las casas de una y dos plantas, además de los bloques de apartamentos, suman en total más de quinientas unidades de vivienda. Además, posee un sector de locales comerciales que desde los primeros años de residencia en la Ciudadela tuvieron problemas de deslizamientos y humedad.

Como lo menciona Darío Villamizar (2010) en su investigación adelantada hace algunos años en la Ciudadela Santa Rosa, a partir de 2002 una cantidad significativa de propietarios comenzaron a abandonar las casas o fueron desalojados debido a la falta de pago de las cuotas de los inmuebles a la entidad financiera encargada (Grupo AV Villas) o a que las edificaciones presentaban numerosas grietas y humedades por las razones mencionadas:

Esto estaba vacío cuando llegamos, los apartamentos se los habían quitado a la gente por no pagar. Alguien les dijo que este barrio estaba en zona de alto riesgo y que había que demandar al distrito, que no pagaran más, pero usted sabe que el banco nunca pierde. (Entrevista 4)

El panorama de las casas abandonadas y la escasa presencia de la administración de la ciudad en la zona alentó la aparición de pequeños focos de delincuencia común, expendio y consumo de sustancias psicoactivas. En el periodo comprendido entre 2002 y 2004 varios de los primeros residentes abandonaron sus casas debido a deudas hipotecarias, problemas de construcción e inseguridad. Más o menos a partir de 2005 comenzaron a llegar a la urbanización familias de excombatientes que, después de completar su proceso de reinserción, lograron acceder comprar inmuebles muy económicos en esta zona con el dinero que habían recibido al culminar el proceso.

En un principio los antiguos habitantes del barrio recibieron con desconfianza y con temor la llegada de estos “nuevos residentes”, como uno más de los problemas a los que ya estaban acostumbrados. Pero a partir de acciones comunitarias, actividades culturales y recreativas y demás herramientas propuestas desde las instituciones distritales,

y también sobre todo desde la comunidad, Santa Rosa aparentemente se unió bajo un ambiente de convivencia.

El panorama con el cual se encontraron estas primeras familias de desmovilizados que llegaron al barrio no era definitivamente el más alentador. Pero en ese momento fue el único lugar en el que pudieron acceder a una vivienda propia con el dinero que el programa estatal les entregó. Al respecto, el relato de doña Rita Guerrero es muy significativo:

Cuando terminé mi proceso (de reinserción) me dieron ocho millones para un proyecto productivo, una cafetería, un almacén o algo así... Yo quería invertir en una casa para mi familia, pero ¿dónde consigue uno una casa por ocho millones? Eso era como imposible. Pero fíjese que me puse en la tarea y en un banco finalmente me dijeron de estas casas de aquí estaban para rematar (de Santa Rosa). (Entrevista 2).

A partir de este momento y recorriendo el mismo camino que tuvo que seguir doña Rita, comenzaron a llegar cada vez más familias de desmovilizados con expectativa, pero también con esperanza sobre su nuevo futuro en este barrio. Doña Rita relata que al principio fue difícil. Ella notaba que los habitantes del barrio los miraban con desconfianza y los rumores se esparcían, “siempre hay curiosidad por el que llega, hasta le miran a uno el trasteo” (Entrevista 2). Esta actitud temerosa y curiosa al principio, pero receptiva después, se fue generalizando poco a poco en la comunidad de la Ciudadela. Esto definitivamente lo generó la actitud tanto de doña Rita y su familia como del resto de desmovilizados que estaban llegando:

Un domingo se nos ocurrió la idea con mi hija de hacer una olla comunitaria como las que hacíamos antes en las veredas, para invitar a todos los vecinos y que cada uno trajera lo que quisiera. La gente no sabía qué era eso pero todos vinieron y les pareció genialísimo, sobre todo a los niños. (Entrevista 2)

La población desmovilizada en Santa Rosa nunca fue mayoría, todo lo contrario, durante la realización de este trabajo no representaba más de la décima parte de los habitantes del barrio. Sin embargo, este grupo llegó a ser tan representativo que entre 2007 y 2013 la presidenta de la Junta de Acción Comunal (JAC) fue doña Rita Guerrero, desmovilizada

desde hace más de ocho años y ratificada continuamente en el cargo. También es significativo que la mayoría de integrantes de la JAC y demás líderes comunitarios de la Ciudadela en ese momento eran desmovilizados que pertenecieron a distintas organizaciones armadas ilegales (en adelante OAI).

En el barrio la inseguridad unida al consumo y tráfico de narcóticos eran comunes: “antes los niños no podían ni jugar en el parque, robaban en cada esquina y sobre todo en horas de la tarde. Cuando llegamos eso cambió” (Notas de campo 1). Ante esta situación, varios desmovilizados se unieron y recolectaron recursos con la comunidad para crear la Cooperativa de Seguridad Privada de la Ciudadela Santa Rosa, la cual era administrada por el esposo de doña Rita. Los integrantes de esta Cooperativa cambiaron notoriamente la percepción de seguridad de los habitantes de la ciudadela. Así lo relataba un habitante del barrio: “De Paseíto (el barrio contiguo) para allá si roban y meten, pero acá no permitimos eso” (Notas de campo 1). En todo caso, durante la realización de este trabajo el ambiente en el barrio era de notoria tranquilidad. Se veían automóviles de marcas reconocidas, negocios abiertos hasta tarde, niños y niñas jugando hasta altas horas de la noche, gente hablando por celular en las calles, entre otras escenas.

En esos años, desde el punto de vista de las entidades oficiales que trabajaban el tema de la reintegración en Bogotá, el caso de Santa Rosa se consideraba muy exitoso, “la experiencia de Santa Rosa es un aprendizaje positivo de reintegración de excombatientes en medio de las comunidades que podría ser mejor aprovechado por otros territorios en el país, e incluso por los gobiernos distrital y nacional” (Villamizar 2010, 37). Así lo afirmaba Darío Villamizar, en ese momento director del área de reintegración social de la Secretaría de Gobierno del Distrito, quien participó en la planeación y ejecución de varias de las actividades comunitarias que se llevaron a cabo en el barrio.

Precisamente, en el plano institucional, el caso también se dio a conocer y varias entidades del Estado y ONG decidieron intervenir en la Ciudadela mediante programas de atención a la población desmovilizada e iniciativas para acompañar el proceso de reintegración con la comunidad receptora. Entre estas se encontraban la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración (ahora Agencia Colombiana para la Reintegración, ACR), la Secretaría de Gobierno del Distrito (SEGOB),

la Comisión Nacional de reparación y Reconciliación (CNRR) y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), entre otras.

Sin embargo, la imagen de la institucionalidad como responsable de los resultados alcanzados en Santa Rosa en materia de reintegración no sería real pues los espacios de la Ciudadela se fueron transformando en la medida en que iniciativas como las ollas comunitarias de los sábados, el festival anual de cometas y las novenas infantiles, organizadas desde la JAC por doña Rita y sus colaboradores se ponían en marcha. No solo los espacios de convivencia, como en el caso de la seguridad, sino también los espacios físicos, en especial, los de carácter público, es decir, las calles, los parques y sitios de reunión de sus habitantes dan cuenta del trabajo de la comunidad.

Paralela a la transformación socioespacial de estos entornos públicos, iba ocurriendo otra transformación, la de las viviendas. Muchas de estas habían permanecido varios años abandonadas u ocupadas por individuos o familias anónimas, así que cuando las familias desmovilizadas las volvieron a ocupar esto produjo sorpresa al resto de vecinos, que no sabían mucho de ellas, aparte de que eran desmovilizadas.

Los excombatientes, aunque recién llegados, también se vieron afectados por un panorama generalizado en la zona, la falta de oportunidades laborales. Debido a este ambiente común de desempleo, muchas de las familias recién llegadas comenzaron a invertir el dinero que recibían del gobierno en pequeños negocios en sus mismas viviendas. Esto se fue haciendo cada vez más común, de manera que la franja comercial del barrio creció significativamente y en sus calles se comenzaron a ver numerosas tiendas, supermercados, peluquerías, panaderías, servicios informáticos, entre otros. Todo esto le dio una nueva cara a Santa Rosa y modificó permanentemente sus espacios de convivencia.

Es importante recordar que para el momento en que realicé mi trabajo de campo comenzaron a presentarse situaciones muy relevantes en la configuración del barrio. En enero de 2011 el proceso de la acción popular interpuesta por el grupo de propietarios en 2003 concluyó fallando a favor de los residentes y en contra del Distrito, de tal forma que durante los siguientes seis meses la administración pública comenzó un proceso de compra sistemática de los inmuebles ubicados en zona de riesgo, pagando a sus propietarios el valor correspondiente según el avalúo catastral.

Durante esos meses hubo numerosos inconvenientes y choques entre los funcionarios de la alcaldía encargados de los levantamientos, la policía, los propietarios de los inmuebles y los nuevos residentes: todo lo anterior enmarcado por continuos rumores acerca de que la alcaldía podría desalojar toda la urbanización para entregarla mediante el Fondo Nacional del Ahorro a población desplazada o incluso que toda la urbanización iba a ser demolida para la ampliación de la zona de reserva forestal contigua. Esto causó un panorama generalizado de incertidumbre entre los habitantes del barrio. Además, las casas que fueron quedando desocupadas eran despojadas paulatinamente de puertas, ventanas, tuberías y demás. Frente a esto, al parecer la seguridad privada no era suficiente.

Todo lo anterior tuvo un impacto directo en el ambiente cotidiano del barrio: las casas vacías que no se sellaron inmediatamente fueron invadidas por personas que los mismos habitantes de la ciudadela llamaban “delincuentes” o “jíbaros” quienes tuvieron enfrentamientos directos con los celadores. De nuevo la inseguridad estaba rondando las calles de la urbanización (Notas de campo 3).

Si de algo se preciaban los habitantes de Santa Rosa, por lo menos meses antes de estos acontecimientos, era de la seguridad de la urbanización, pero desde inicios de 2012, dejaron de pagar los aportes a la cooperativa de seguridad lo que disminuyó considerablemente el presupuesto y por ende, el personal de esta.

En el momento en que realicé el trabajo de campo, en la Ciudadela se proyectaba un panorama bastante conflictivo hacia el futuro que al parecer se cumplió, Santa Rosa siguió en constante y convulsiva transformación ya que las múltiples fricciones alrededor del barrio y las diferentes pugnas se fueron agudizando en los años posteriores hasta causar la salida de la urbanización de gran parte de las personas con las que se realicé esta investigación.

TRABAJO DE CAMPO: APRENDIZAJE SOBRE LA MARCHA

A continuación presentaré mi experiencia de trabajo de campo en la Ciudadela Santa Rosa a partir de un recuento del acercamiento a este caso, los primeros contactos con la comunidad y el afortunado proceso de labrar un rol local en campo más allá de la imagen del investigador externo. Gracias a conversaciones informales y entrevistas realizadas con personas desmovilizadas en años anteriores y con otros fines

investigativos, tuve conocimiento de este caso, que parecía ser un ejemplo llamativo de construcción de comunidad en contextos de reintegración social. Santa Rosa planteaba preguntas muy interesantes acerca de la materialización en el espacio de los programas y las políticas estatales sobre desmovilización y reintegración.

En el momento en el que conocí Santa Rosa me encontraba en el proceso de elaboración de mi proyecto de investigación para la maestría en antropología, así que aproveché para desarrollar un trabajo investigativo que por un lado me permitiera realizar mis estudios de posgrado y, por otro, me ayudara a comprender a profundidad y desde el trabajo de campo los acontecimientos que moldearon la historia de este barrio como una expresión local de la reintegración social de excombatientes.

Inicialmente indagué sobre este caso en los medios y de personas desmovilizadas que lo conocían. Posteriormente y por recomendaciones de varios colegas decidí entrar solo al barrio (sin acompañamiento institucional) y de manera independiente, con la idea de observar las calles y espacios públicos tomando notas de vez en cuando.

Después de varios meses de visitas esporádicas por fin logré contactar a don Armando Pérez (encargado de la cooperativa de seguridad). En ese primer encuentro me presenté torpe y compulsivamente, le dije quién era y lo que buscaba allí, balbuceando frases inconexas sobre mi proyecto de investigación. La charla terminó incómodamente cuando me dijo “Necesitamos radioteléfonos para los celadores, ¿usted nos los puede conseguir?” (Notas de campo 1). Un asunto con el que no me podía comprometer.

Pero el encuentro con doña Rita, presidenta de la JAC y esposa de Armando finalmente abrió el periodo de visitas continuas a la Ciudadela. La presencia firme y el carácter siempre amable y generoso de doña Rita, hicieron posible el inicio de este trabajo, las charlas que sostuvimos me brindaron un panorama muy esclarecedor del barrio en el que definitivamente sobresale la llegada de la población desmovilizada como hito transformador del lugar. Fue durante las semanas siguientes cuando comenzamos a pensar conjuntamente en cómo realizar mi investigación, qué me podía servir de lo que ella sabía, a quiénes más podía consultar y qué le podía devolver yo a la comunidad.

Sin embargo, el criterio metodológico fundamental fue el de “estar ahí”. Desde que empecé a entender las complejidades de las prácticas

de convivencia de los habitantes de este barrio, me di cuenta de que la única forma de observar estos fenómenos era incluyéndome en ellas. En un principio mi presencia no pasó para nada desapercibida y las personas con las que hablaba, salvo contadas excepciones, solían mostrar recelo y desconfianza cuando trataba de entablar una conversación. Pero de visita en visita, comprando víveres en las tiendas del barrio o acompañando a personas de allí a realizar sus compras, la gente me fue reconociendo poco a poco.

Durante el periodo en el que realicé el trabajo de campo, Asonaldesa (Asociación Comunal de Desmovilizados de Santa Rosa) organizó varias actividades de integración para la comunidad en las que pude participar, como el ya mencionado Festival de Cometas por la Paz; las “ollas comunitarias” en las que entre los mismos vecinos preparaban sancocho o cuchuco y aunque yo no siempre estaba en el momento de la preparación, por lo general contaba con la suerte de estar en el momento en el que servían.

En este punto voy a detenerme para mostrar la orientación que le di a mi trabajo de campo. En cuanto al tema de la relación del etnógrafo con la comunidad estudiada hay varias posturas que oscilan desde el compromiso hasta la complicidad y el acompañamiento. Para Myriam Jimeno (2007b) estas posturas se han movido desde la búsqueda de la objetividad total en los inicios de la disciplina en nuestro país, pasando por la antropología militante de los años setenta y su visión comprometida, colaboradora y solidaria con las causas políticas de los sujetos subalternos de la nación, hasta una antropología con un arduo trabajo intelectual y de acompañamiento a los procesos de construcción de la nación en los noventa.

En mi opinión, las comunidades no “necesitan” de los antropólogos para orientar sus procesos sociales, ni siquiera para iniciarlos. En ocasiones, y este fue mi caso, estos procesos ya están en marcha desde antes de la llegada del antropólogo y su presencia puede incluso perturbarlos o redireccionarlos.

Si las comunidades nos brindan una gran cantidad de información que realmente no están obligadas a darnos, si nos autorizan para realizar el trabajo con ellas (que debe ser el primer punto a concertar siempre), si accedemos como investigadores a una serie de conocimientos, experiencias y relatos (Guber 2001) de la comunidad y esa información nos sirve para fines académicos, lo mínimo que como investigadores podemos hacer

es devolverles algo también desde nuestros propios conocimientos y experiencias. En esencia, establecer la relación en términos de *reciprocidad*, como Jimeno recomienda en otro artículo (2007a).

Con esta motivación en mente, acordamos con doña Rita que sería muy útil para los niños de la comunidad abrir un espacio de refuerzo en el manejo de una segunda lengua. De tal forma de agosto a diciembre de 2011 todos los sábados de 10:00 a.m. a 12:00 p.m. estuve encargado de un curso básico de inglés para niños entre 10 y 16 años, por supuesto gratuito y abierto a quienes quisieran asistir. Este curso se realizaba en el salón comunal del barrio y la JAC se encargó de la publicidad y de las inscripciones.

Comencé con veinte niños y niñas de la Ciudadela y al final no tenía más de diez. A pesar de esto, la experiencia fue sumamente enriquecedora y gratificante, ya que encontré niños con potenciales académicos impresionantes. Además, fue muy provechoso para conocer a la comunidad y para que ellos me conocieran; en palabras de Rosana Guber (2001), para adquirir un rol local en campo no solo como investigador, sino como “el profe de inglés”, no desde la postura del “yo” sujeto académico en busca de datos o información, sino desde la posición en la que ellos me permitieron actuar, ayudar desde lo que yo les podía ofrecer.

A partir de allí se volvieron continuas las invitaciones a piñatas, bautizos y demás reuniones familiares de habitantes del barrio. Estos espacios de celebración íntimos me permitieron acceder a aspectos de la vida cotidiana de la gente que antes no había podido observar: el interior de las casas, la composición de las familias, las sensibilidades particulares en torno a temas de la convivencia del barrio y los conflictos internos no explícitos.

Al respecto, Guber menciona la importancia y la necesidad de elaborar una imagen en campo, de construir aprecio y reconocimiento social como actor dentro del grupo al que se está conociendo: “La observación para obtener información significativa requiere algún grado siquiera mínimo de participación; esto es, desempeñar algún rol... En el uso de la técnica de observación participante la participación supone desempeñar ciertos roles locales” (Guber 2001, 65).

Mediante la recolección de información, la toma de fotografías, las conversaciones con la gente, y en fin, de la experticia de estar allí compartiendo las alegrías y las preocupaciones de estas personas pude

compilar los relatos, las percepciones y las distintas versiones sobre la historia del barrio. Pero, más allá de eso, en algún momento me sentí muy cercano a la gente del barrio, ya sea porque doña Rita me daba refrigerios del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) como a un niño más o porque en algún momento también me encontré polarizado en las elecciones de la JAC. En todo caso, la experiencia me tocó profundamente.

RELATOS DE LA REINTEGRACIÓN: PARTICIPACIÓN Y EXCLUSIÓN

En esta parte presentaré de manera muy resumida una reflexión sobre un par de relatos de personas que hacen parte de la población desmovilizada que habitaba en la Ciudadela Santa Rosa en el momento de esta investigación. Los nombres reales de las personas que me ayudaron en esta investigación han sido remplazados por seudónimos por motivos de seguridad.

La reintegración social de excombatientes busca re-integrarlos a la sociedad mediante su inclusión en contextos urbanos o rurales siguiendo los lineamientos de lo que el Estado propone como una intervención psicoterapéutica mediante la cual estas poblaciones superen su (supuesta) situación de no ciudadanía. Los objetivos de las políticas públicas en esta materia apuntan en tres sentidos: darle al excombatiente las herramientas necesarias para que se vincule a la sociedad productiva (capacitación, recursos, seguridad), vincular a las comunidades receptoras con el proceso de reintegración mediante actividades y programas comunitarios y finalmente comprometer a los desmovilizados con los proyectos de convivencia familiar y comunitaria y evitar su retorno a la ilegalidad (DNP 2008). El fin último es reconstruir comunidades pacíficas que apunten a un proyecto de nación “segura y democrática”.

Una de las falencias más notorias en la formulación de políticas públicas de verdad, justicia, reparación y reintegración social en Colombia, es que se construyen de espaldas a la comunidad, lejos de aquellas personas para las que son diseñadas e inspiradas en modelos o casos de otras latitudes. Por el contrario, este trabajo le apuesta a una visión desde lo micro-local sobre los procesos de reintegración social y parte de la premisa de que para entender este y cualquier fenómeno social es más pertinente partir de las experiencias de las personas que lo han

vivido, una apuesta etnográfica característica de la mirada antropológica (Malinowski 1986; Kuper 1973; Peacock 2005).

Por otro lado, encontramos las experiencias de estas personas, las desmovilizadas y los desmovilizados que después de abandonar las organizaciones armadas se encuentran con el reto de vincularse a una sociedad que no siempre se muestra deseosa de acogerlos. Dichos tránsitos en su mayoría no son amenos, por el contrario, están plagados de experiencias de frustración y decepción con el panorama que encuentran al desmovilizarse, de miedo e incertidumbre con respecto a su situación y preocupación por sus familias. En ese momento estos sujetos ponen en marcha diversas tácticas (De Certeau 2000) para acomodarse al esquema de políticas y programas de reintegración del gobierno, pero también para utilizarlos en su beneficio y resignificarlos en sus prácticas cotidianas en los contextos locales a los que llegan.

Este es el caso de la población desmovilizada de la Ciudadela Santa Rosa. Allí los desmovilizados encontraron una comunidad diversa y fragmentada, caracterizada por la inseguridad, con resentimientos profundos con la institucionalidad y desconfianza hacia los foráneos.

A continuación presento brevemente dos relatos de excombatientes acerca de su llegada al barrio, su participación en la comunidad y sus percepciones sobre el contexto social y sus transformaciones en los últimos años. Seleccioné estos relatos por la claridad con la que ilustran las posiciones de la población desmovilizada del barrio.

DOÑA RITA GUERRERO: SEGUIR EN LA LUCHA DESDE LA LEGALIDAD

Podría decirse que la personalidad y la vida de doña Rita encarnan de manera casi ideal las orientaciones estatales de las políticas de desmovilización y reintegración. Como propuesta gubernamental, la reintegración propone el abandono de las armas, el deseo de un cambio de vida y la inclusión productiva en una comunidad local. En ese sentido, doña Rita ha cumplido casi a cabalidad esta ruta mediante una combinación particular de convicción, táctica e inteligencia política.

Con doña Rita siempre tuvimos charlas muy amenas en las que al final solía darme un paquete de galletas o una bolsa de leche de los desayunos que le entregaba el ICBF. La casa de la familia Pérez Guerrero estaba en muy buenas condiciones, tenía varios adornos, un mosaico grande

con todos sus miembros, varias imágenes religiosas y una cocina muy bien dotada donde doña Rita preparaba un tinto con panela muy rico.

Todos los discursos críticos sobre la desmovilización con los que había estado en contacto desde que elegí trabajar este tema y los elaborados por mí, se fueron al traste la primera vez que hablamos sobre su proceso de desmovilización. Ella lo relataba de la siguiente manera:

Lo más bonito de la desmovilización es sentirse uno libre, sin miedo, sin temores. Al principio uno miraba al policía y al soldado pensando que eran el enemigo o que todas las personas son sapos, a uno no se le quita fácilmente eso. Pero poco a poco uno se va concientizando que ahora hacemos parte de una comunidad. Me da mucha alegría cuando en carretera los soldaditos nos levantan el pulgar y mis nietos y yo sacamos la mano y los saludamos, todo muy bonito. ¡Cómo le cambia a uno la vida! (Notas de campo 1)

Ella sola emprendió el peregrinaje burocrático hacia la oficina de desmovilización del Ministerio de Interior para que le permitieran invertir los ocho millones del proyecto productivo en una casa. El lugar en el que pudo materializar este deseo fue la Ciudadela Santa Rosa. Hacia 2007 Rita y sus compañeros lanzaron su propuesta para la conformación de la Junta de Acción Comunal con el lema “Convivencia, reconciliación y paz”. No tuvieron que hacer campaña. Además, ella era la única candidata y las actividades previas que había realizado la habían dado a conocer bastante:

Yo les dije quiénes éramos nosotros y cuál era nuestro propósito. Nosotros somos desmovilizados, estamos con el proceso. Les eché el cuento. De todas maneras, yo les decía, todos tenemos un pasado, nosotros no venimos a juzgar a nadie. Pero yo quiero que ustedes sepan de dónde venimos, hicimos parte de un grupo armado, estamos en proceso de socialización. Nuestros ideales siguen, no se pierden, queremos trabajar y salir adelante con nuestras familias, integrarnos con una comunidad y hacer parte de ella. Nosotros ya tenemos un derecho, tenemos la libertad. (Notas de campo 1)

De esta forma, doña Rita y sus compañeros se encargaron de materializar la propuesta de los programas de reintegración social en la

ciudadela, haciendo visible su condición de excombatientes y generando actividades de integración.

Según doña Rita, cuando ellos llegaron había mucha inseguridad, sobre todo por la presencia de pandillas. En esos años “dialogaron” con los pandilleros y montaron la cooperativa de seguridad privada en la cual, como ella decía, “les dimos trabajo a todos los que quisieron entrar”. En los años siguientes todo mejoró: hicieron varias cosas por el barrio, consiguieron la remodelación y la dotación del salón comunal. “Ahora somos 105 familias de desmovilizados, vivimos por todo el barrio... somos los únicos que tenemos el proyecto productivo activo, muchos compañeros perdieron sus ocho millones” (Entrevista 1). La visión de doña Rita sobre el proceso de reintegración de los excombatientes en el barrio había sido evidentemente muy positiva, pues fue básicamente el fruto de su trabajo. “Nosotros ya hacemos parte de una comunidad aquí. Nosotros ya no tenemos la marca, como le digo a los desplazados, si nosotros quisimos salir adelante fue porque nos quitamos ese pensamiento de la cabeza” (Entrevista 1).

El relato de doña Rita sobre la historia de transformación del barrio que, durante un tiempo fue mi única fuente, es uno feliz, lleno de buenos recuerdos y optimismo. Para ella la llegada de los desmovilizados le cambió la cara al barrio. Este es el relato sobre el cual se basaron los periodistas para representar a la Ciudadela como “el barrio de los excombatientes” (El Tiempo, 17 de marzo de 2007). Pero si nos quedamos solamente con el relato no escucharemos las otras versiones que hay de esta historia. A continuación presento una de ellas.

FLAVIO: ENTRE EL REBUSQUE Y LA EXCLUSIÓN

En una tarde de lluvia en la que no encontré a doña Rita en su casa y decidí dar una vuelta por el parque, conocí a Flavio Hidalgo; un hombre de poco más de 1,50 m de estatura, tez blanca y ojos claros, con una barba que hacía difícil discernir su edad. Me abordó cuando estaba tomando fotos en una esquina del parque central del barrio y me preguntó qué hacía, mientras miraba la cámara. Cuando le conté sus ojos brillaron y empezó a hablar. Así dimos comienzo a una relación particular que oscilaba entre conversaciones informales sobre el barrio, su vida, el fútbol y las constantes peticiones de dinero que me hacía.

Flavio estudió hasta décimo y se retiró porque “esas cosas del estudio no eran lo mío”; luego prestó servicio militar durante varios años:

Yo estaba allá en el Ejército, me la montaban por chiquito, pero me gustaba cargar el fusil. Un día pedí licencia y me fui pa’ la casa. Allá un amigo mío me habló de los paras y me convenció de que nos metiéramos con ellos. A uno le prometen muchas cosas. (Notas de campo 2)

Primero, participó en operaciones rurales y más tarde lo pasaron a las milicias urbanas de San Martín:

Allá (en la guerra) es muy duro, cucho. Yo aprendí a armar y desarmar rusas (AK 47), granadas, cilindros, aunque ya se me olvidó. Tuve que picar gente, tuve que secuestrar... fui guardaespaldas de un chino teso, jefe de bloque, de 17 años el pelao, un duro... (Notas de campo 2)

De su decisión de abandonar la organización, Flavio decía que fue por decepción:

Yo participé en muchos combates, uno de nueve horas en Caño Jabón. Allá mataron al amigo con el que entré, pero yo fui leal y se lo llevé a la mamá. Después de eso ya no quería seguir. Allá hay mucha disciplina, se come mucha mierda. El primer año chupé tabla como chino. No es como se lo pintan a uno, un día me fui pa’ Villavo y ya no volví. (Notas de campo 2)

Flavio conoció a Olga, su esposa, después de completar su proceso de reinserción, con ella tiene una niña a quien nunca le contó de su pasado; su esposa por el contrario lo sabe todo. Cuando lo conocí, hacía ya cuatro años que se habían enterado de las casas en Santa Rosa por unos familiares de Olga, así que Flavio sacó lo que tenía ahorrado y compró la casa, “nosotros no tenemos escrituras, pero esto ya es mío”, me dijo varias veces. En un segundo encuentro con Flavio, ahora concertado, lo invité a tomar un tinto y me contó sobre el barrio:

Acá hay muchas historias: reinsertados, desplazados, gente de bien y gente de mal. Este barrio es tranquilo, acá no roban, hasta un balón se puede dejar por ahí y ahí se queda, carritos y todo. Ahora ni en las casas verdes roban. De Paseíto para allá sí roban y hay

mucho vicio. Acá no permitimos eso. Antes los niños no podían ni jugar en el parque, robaban en cada esquina, sobre todo en las verdes. Cuando llegamos eso cambió, ni los buses venían acá porque los robaban. La gente en Bogotá se pega de cualquier cosa, dicen que son atracadores y cuando uno se les para ya se corren, ¡ja! si supieran como es en la guerra. (Notas de campo 2)

En opinión de Flavio la llegada de los desmovilizados al barrio fue muy buena para la gente, sobre todo en cuanto a seguridad. Interesantemente cuando mencionaba actividades de la comunidad hablaba siempre de un “nosotros” y se incluía, pero cuando hablaba de Armando y su “parche” los menciona como “ellos”. Al respecto, Flavio me dio unas recomendaciones metodológicas muy particulares:

Otros como usted han venido, Armando les muestra solo una parte de la historia y la gente no queda contenta... si va a hacer su trabajo, hágalo bien, independiente y con la comunidad, no tiene que pedirle permiso a nadie... No tome solo fotos del parque, hable con la gente, yo le colaboro y si quiere lo meto a mi equipo de fútbol. (Notas de campo 2)

Flavio insistía bastante en que tomara fotos de las casas y las calles, sobre todo de la zona del parque hacia arriba, “las verdes”, hacia el oriente, porque según él, ahí el barrio no había cambiado tanto como en la zona de los bloques de abajo. Haciendo una caracterización más fina, la zona que Flavio mencionaba como “las verdes” estaba habitada principalmente por población desplazada.

Flavio no participaba en la JAC y no le interesaba: “yo no me meto con nadie y nadie se mete conmigo”. El grupo de personas con el cual Flavio se relacionaba en el barrio no era tan amplio y en su mayoría eran desplazados y desmovilizados de autodefensas provenientes de la costa norte. En términos generales, Flavio y su familia no tenían participación significativa en lo que se decidía sobre el barrio. Su situación económica era precaria y no le alcanzaba con el salario mínimo que le daba el Estado, de hecho, cada vez que podía me pedía plata prestada.

En otra ocasión, Flavio me contó sobre su situación económica, también estaba mal, incluso hacía un mes había estado pensando el asunto del regresar a la organización (rearmarse): “Cuando estuve sin

trabajo pensé en regresarme pa'l Meta con mi hija, pero me dieron trabajo con lo de las casas (sellamientos). Es pura rusa, pero igual yo me rebusco los pesos con lo que sea" (Notas de campo 2). Esta situación es común y hace referencia a la falta de oportunidades laborales para los desmovilizados, ante la cual el rearme aparece como una opción constante. En el caso de Flavio, su hija era la principal motivación para no volver a su vida dentro de un grupo armado.

Para finales de noviembre de 2011 tuve una experiencia muy agradable con Flavio. En el contexto del curso de inglés que estaba dando para los niños del barrio, me invitaron a varias celebraciones familiares, de las cuales solo pude asistir a dos. Una de ellas fue el cumpleaños de la hija de Flavio. Según él me contaba, tuvo que ahorrar tres quincenas para poder pagar todo lo de la fiesta, pero no le importaba, porque su niña era lo más importante y quería invitar a todos los vecinos a su casa. Efectivamente, cuando llegué la casa estaba muy adornada, aunque el olor a humedad no había desaparecido. Tan pronto llegué Flavio me pidió dinero para poder reunir para una canasta de cerveza y me presentó a los familiares de su esposa que, según él, "eran de plata". El mejor momento de la noche fue cuando partieron la torta de la cumpleaños, con el fondo de la conocida canción de cumpleaños de Diomedes Díaz. Sentí el profundo sentimiento de comunidad en el aire, la nostalgia y el orgullo de Flavio por su hija y por la fiesta, que catalizados por el alcohol lo llevaron a decirme al final de la noche que estaba muy agradecido porque hubiera ido, que conmigo "pa' las que sea".

Un asunto que para mí fue definitivo y sobre el que aún no tengo claridad es el siguiente. A finales de ese año, un día que regresaba de buscar a Flavio me encontré con doña Rita quien me preguntó de dónde venía. Yo le comenté que venía de buscar a Flavio, a lo que ella inicialmente no reaccionó. Cuando le expliqué quién era, me dijo: "Usted por qué se mete con ese loquito, lo que habla son puras mentiras... dizque desmovilizado, ese ni para ranchero sirve. Ese fue de los que se coló en el bus cuando se salieron los paras" (Notas de campo 3).

Nunca supe quién decía la verdad, pero eso no es en sí importante, de lo que me habla es de los usos que posiblemente pueden hacer ciertas personas del discurso alrededor de la figura del desmovilizado. Probablemente el lugar que Flavio ocupaba en el barrio, si bien no era el más privilegiado, dependía de esa identidad que él mismo se encargaba de

afirmar y sostener. Incluso sus capitales sociales acumulados dependían de esto. Nunca más volví a ver a Flavio y no por decisión mía, sino que presiento que evitaba encontrarse conmigo.

Los relatos anteriores son una pequeña muestra de las experiencias de reintegración de quienes habitan en la Ciudadela Santa Rosa. Su diversidad, incluso entre personas que vienen de las mismas organizaciones, es sorprendente. Podemos esperar una diversidad aún mayor en el contexto distrital o nacional; por consiguiente, tratar de categorizar estas experiencias es tarea difícil. Plantear un único esquema de políticas públicas y atención humanitaria para esta población es, con toda razón, imposible, aunque el Estado haya tratado de hacerlo durante ya casi veinte años de políticas de atención a la población desmovilizada.

CONSIDERACIONES FINALES

Mi trabajo no apunta, y espero no dejar esta impresión, a criticar o desestabilizar las dinámicas sociales de la Ciudadela Santa Rosa. Mi intención es mostrar la forma particular en la que procesos del ámbito nacional y distrital se manifiestan en el espacio social de un contexto local. A partir de allí y con la experiencia de este trabajo, quiero plantear las conclusiones en tres puntos principales.

El primero es sobre el trabajo de campo. En este escrito he querido relatar mi experiencia de acceso a un campo de trabajo, a un espacio social particular en el que no conocía a nadie y en el que a punta de obstinación, frustraciones y golpes de suerte, pude construir un rol local como algo más que un investigador externo y en una experiencia de trabajo de campo que me sirvió sobre todo a mí, pero que aspiro haya servido en algo para los habitantes de la Ciudadela. Sinceramente, espero haber correspondido en algo a las personas de este barrio, quienes me abrieron las puertas de sus casas. Considero que lo que ganamos los antropólogos y las antropólogas con trabajos como estos, en últimas, es la experiencia vivida, el conocimiento aprendido de la gente. Cada uno verá qué hace con esa vivencia y con ese conocimiento, si lo utiliza para sí mismo o para los demás.

El segundo punto es una reflexión personal sobre las políticas públicas de atención a la población desmovilizada. Las trayectorias de reintegración social de los y las excombatientes son muy diversas, la forma en la que cada persona vive esta experiencia, la asume, la utiliza,

la invisibiliza o la transforma depende del rango de posibilidades que le ofrece la sociedad al momento de dejar las armas y de las decisiones que tome dentro de ese rango de posibilidades; más aún, del potencial para considerar posibilidades que le permitan pensar en un nuevo proyecto de vida.

Las políticas públicas de atención a la población desmovilizada no pueden seguir siendo un instrumento para limitar y homogenizar esas posibilidades, al situarlas únicamente en el ámbito de los trabajos informales, en el esquema asistencialista de beneficios para población vulnerable, que profundiza aún más la exclusión de estos grupos, menosprecia sus capacidades y los sigue situando en un continuo estado “liminal” entre la sociedad civil y un afuera construido por el mismo Estado.

La reintegración en Santa Rosa nos muestra las enormes posibilidades y los valiosos conocimientos que tienen los excombatientes. Lo único que necesitan son espacios en los que puedan desarrollar estas posibilidades de manera vinculante y solidaria. Si no se dan estas oportunidades o se siguen limitando a contextos de exclusión social, las lógicas del ejercicio violento de la fuerza para acceder a derechos y vida digna seguirán siendo la única vía posible.

El tercer y último punto que quiero plantear es la pregunta que esboqué en la introducción de este escrito y que está muy de moda en estos días sobre las posibilidades reales de alcanzar la paz en nuestro país. Creo que debemos dividir la respuesta en dos, separando los programas de reintegración social de excombatientes de lo que concebimos como paz.

La experiencia de los últimos años nos ha mostrado que los programas de desarme, desmovilización y reintegración (antes reinserción o reincorporación) se preocupan sobre todo por atacar directamente la moral de los integrantes de las organizaciones armadas ilegales y mermar sus filas a través de la desertión individual y los acuerdos colectivos con gran despliegue mediático, dejando de lado las necesidades reales de las personas que abandonan las organizaciones y perpetuando los discursos de exclusión sobre estas.

Personalmente, creo que por lo menos a escala individual sí es posible hablar de desarme, desmovilización y reintegración. En casos como Santa Rosa se puede observar a sujetos que pasaron años con un fusil al hombro o en las manos buscando entre la selva o entre las

calles a algún “enemigo” o a un otro en quien descargar su arma, y que en algún momento tomaron la decisión de cambiar de vida, de dejar ese camino. Aunque ese pasado los persiga, ellas y ellos en su mayoría no pretenden retomarlo. Asimismo, he visto cómo las familias de estas personas se vuelven a encontrar, se reorganizan o se construyen con la vista enfocada en ideales a futuro, e incluso estas familias se convierten en la motivación más fuerte para no retomar las armas.

También he visto cómo el discurso de la reintegración social se queda en las cifras, en los documentos, en el despliegue mediático y la propaganda del gobierno de turno. Este discurso de la reintegración social pretende reunir los componentes de la comunidad que se encontraban afuera (desmovilizados, desplazados, víctimas) e integrarlos de la mejor manera a una sociedad que no está dispuesta a repensar sus divisiones de clase.

En ese sentido, como lo menciona Norbert Elias (1939), en la raíz del concepto de lo civil subyace un rechazo hacia los comportamientos impulsivos o violentos, una interiorización de la necesidad de controlar la conducta y el pensamiento para no atentar contra el orden social establecido. Esta noción subyace en el discurso oficial de reintegración social, que pretende vincularnos a todos en un pacto social armónico en el que cada uno entienda cuál es su papel en la sociedad y se limite a cumplirlo como un ciudadano modelo.

Los desacuerdos pueden ser propios de toda estructura social, el problema que tenemos aquí es la manera violenta y descarnada como solemos manejar esos desacuerdos. En ese sentido, creo que alcanzar la paz o por lo menos dejar de matarnos los unos a los otros, no va a ser posible hasta que no pensemos en formas reales de solucionar las abismales desigualdades sociales que nos caracterizan. Cómo es posible que pretendamos vincular a un excombatiente a esta sociedad, cuando solo se le ofrecen oportunidades para acceder a condiciones de vida que no son favorables, que no son dignas, y en ese sentido solo cuenta con un rango limitado de posibilidades de insertarse en el panorama que el discurso “ciudadanista” propone.

Para Andrés Salcedo (2008), en Colombia vivimos una distribución desigual y violenta de derechos y concepciones bastante dispares de ciudadanía y justicia que ofrecen un marco más amplio de derechos para determinados grupos de ciudadanos y un aparato mucho más

restrictivo de deberes para otros, por lo general, los menos privilegiados. Sin embargo, estas poblaciones que son puestas en escenarios de ciudadanías marginales, como el caso de los excombatientes, tienen el potencial de actuar por la reclamación de estos derechos que les son negados a través de procesos que “recomponen, vinculan y articulan poblaciones, capitales étnicos y capitales políticos” (Salcedo 2008, 5).

Por un lado, esto es esperanzador, porque si bien el Estado parece no cumplir con la garantía de estos derechos, las comunidades y los individuos no son entes pasivos que esperan beneficios, sino que actúan de múltiples formas, se movilizan para conseguir estos derechos y así ampliar e incluso resignificar los conceptos de ciudadanía y democracia que se proponen oficialmente. Esto es lo que vemos en el caso de la Ciudadela Santa Rosa: individuos que luchan por su ciudadanía empleando el lenguaje de derechos y realizando sus reivindicaciones desde la marginalidad, la ilegalidad o la insurgencia (Holston 2009) si se quiere. Pero no en el sentido estigmatizado del término insurgencia, sino en un marco de interpretación que invita a la necesidad de ser contestatario, participativo y activo para hacer frente a lo que los aparatos del Estado y del mercado proponen.

Pero, por otro lado, se nos presentan enormes retos dado el panorama de implementación de los acuerdos de cese al fuego con las FARC y el eventual proceso de negociación con el ELN. Podríamos aventurarnos a proyectar que los procesos de desmovilización y reintegración de las personas que salgan de estas organizaciones incluso podrían llegar a duplicar la población desmovilizada en la ciudad de Bogotá. ¿Cuántas ciudadelas Santa Rosa van a surgir entonces? ¿Cuáles van a ser las consecuencias para los habitantes de las diferentes localidades de la ciudad y para los excombatientes que lleguen a habitarlas? Si no se toma en serio la necesidad de planear de manera anticipada el manejo de estas eventuales transformaciones de los espacios urbanos de una ciudad tan grande como Bogotá, las consecuencias pueden ser bastante graves y, en últimas, pueden generar nuevos y más agudos conflictos. La paz no es desarme ni desmovilización, cosas diferentes. La paz es justicia social y para alcanzarla la desmovilización de organizaciones armadas ilegales es solo un primer paso de un largo y urgente camino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alta Consejería Presidencial para la Reintegración. 2006. *Decreto 3043 del 7 de septiembre de 2006*. Bogotá.
- 2015. *La reintegración en cifras*. Bogotá. Consultado abril de 2015. <http://www.reintegracion.gov.co/es/la-reintegracion/Paginas/cifras.aspx>
- De Certeau, Michel. 2000. *La invención de lo cotidiano: artes de hacer*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Departamento Nacional de Planeación (DNP). 2008. Conpes 3554 del 2008. *Política nacional de reintegración social y económica para personas y grupos armados ilegales*. Bogotá.
- Elias, Norbert. 2010[1939]. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- El Tiempo*. 2007. “En barrio del suroriente de Bogotá, conviven 80 familias de reinsertados de ‘paras’, Farc y Eln”. 17 de marzo de 2007.
- Guber, Rosana. 2001. *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Holston, James. 2009. “La ciudadanía insurgente en una era de periferias urbanas globales. Un estudio sobre la innovación democrática, la violencia y la justicia en Brasil”. En *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*, coordinado por Gabriela Delamata, 45-65. Buenos Aires: Biblos.
- Hoyos, Juan Felipe. 2011. “Capitales para la guerra y el testimonio en un contexto transicional. Etnografía de la producción narrativa de desmovilizados”. Tesis de Maestría en Antropología, Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam. 2007a. “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia”. *Antípoda* 5: 169-190.
- 2007b. “Tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana”. *Revista Colombiana de Antropología* 43: 9-32.
- Kaplan, Oliver and Enzo Nussio. 2015. “Community Counts: The Social Reintegration of Ex-Combatants in Colombia”. *Conflict Management and Peace Science*. Disponible en <https://ssrn.com/abstract=2138188> or <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2138188>
- Kuper, Adam. 1973. *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Barcelona: Anagrama.

- Malinowski, Bronislaw. 1986 [1922]. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta.
- Ministerio del Interior y de Justicia. 31 de marzo de 2005. *Resolución 513*. Bogotá.
- Nussio, Enzo. 2012. *La vida después de la desmovilización. Percepciones, emociones y estrategias de exparamilitares en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes
- . 2013. "Editorial: Desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes. Actores y políticas del posconflicto". *Colombia Internacional* 77: 8-16.
- Peacock, James. 2005. *La lente antropológica: luz fuerte, enfoque suave*. Madrid: Alianza.
- Prieto Sanabria, Juan Diego. 2012a. *Guerras, paces y vidas entrelazadas: coexistencia y relaciones locales entre víctimas, excombatientes y comunidades en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- . 2012. "Together after war while the war goes on: Victims, ex-combatants and communities in three Colombian cities". *International Journal of Transitional Justice* 6, 3: 525-546.
- Salcedo, Andrés. 2008. "Guerra y reconstrucción de ciudadanías: de ciudadanías restringidas a ciudadanías urbanas". Ponencia en el Foro "Conflicto, violencias y ciudadanías", Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia, 28 de noviembre de 2008.
- Villamizar Herrera, Darío. 2010. "Reintegración de excombatientes y construcción de paz en el barrio Santa Rosa en Bogotá, un estudio de caso". Trabajo de especialización, Acción sin Daño, Universidad Nacional de Colombia.

ENTREVISTAS

- Entrevista 1: realizada a Rita Guerrero en el salón comunal de la Ciudadela Santa Rosa, 5 de febrero de 2011. 4:00 p.m. Dos horas. Grabadora de voz.
- Entrevista 2: realizada a Rita Guerrero en el salón comunal de la Ciudadela Santa Rosa, 13 de abril de 2011. 10:00 a.m. Una hora. Grabadora de voz.
- Entrevista 3: Realizada a Flavio Hidalgo el 14 de mayo de 2011 en su vivienda ubicada en la Ciudadela Santa Rosa. Método de registro: Grabadora de voz.
- Entrevista 4: Realizada a Rita Guerrero en su vivienda ubicada en la Ciudadela Santa Rosa, 10 de agosto de 2011. 5:00 p.m. Una hora. Grabadora de voz.

NOTAS DE CAMPO

Notas de campo 1: tomadas durante la temporada de campo comprendida entre febrero y marzo de 2011.

Notas 2: Notas de campo tomadas durante la temporada de campo comprendida entre el 13 de abril y el 24 de mayo de 2011

Notas de campo 3: tomadas durante la temporada de campo comprendida entre el 2 de noviembre y el 5 de diciembre de 2011.